



Dr. Luis Díaz Soto (1905-1958)

El Dr. Luis Díaz Soto nació en el poblado de Pedro Betancourt, provincia de Matanzas, el 13 de Febrero de 1905 en el seno de una familia de clase media. Su padre, administrador de correos y su madre, maestra de enseñanza primaria.

Cursó los primeros grados en una modesta escuela del Centro de Dependientes en la ciudad de La Habana. Pasó después al colegio de Belén hasta que ingresó en el bachillerato en el Instituto de La Habana, donde se graduó de Bachiller en Ciencias y Letras en 1922, con 17 años. Ese mismo año ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana. Fue alumno interno en el Hospital Calixto García y después en la clínica Fortún-Souza. Una vez graduado, en 1929, ejerció como médico interno en la mencionada clínica entre 1930 y 1932. Allí se desempeñó como anestésista, auxiliar de cirugía, especialista en enfermedades del corazón y vasculares, así como especialista en nutrición.

Desde muy joven se interesó por los libros y temas cubanos y, por los autores que recogían datos relativos al pasado histórico de Cuba. Visitaba periódicamente las librerías y gustaba de viejas ediciones que atesoran datos poco conocidos.

Se propuso escribir la Historia de la Medicina en Cuba, para cuyo fin logró acopiar gran cantidad de documentos. Las responsabilidades políticas y profesionales no le permitieron realizar este propósito.

En 1932 formó parte de las primeras organizaciones médicas de La Habana, desde el Instituto Clínico donde fungía como médico interno de visitas nocturnas domiciliarias. Trabajó en los departamentos de metabolismo, drenaje, laboratorio y Rayos X. A su cargo estuvo también la organización del Departamento de Farmacia.

Se vinculó a las luchas médicas en Cuba, iniciadas en los años treinta y ejerció como médico de los Servicios Municipales de La Habana (Casas de Socorro), desde diciembre de 1933 hasta marzo de 1935, en que resultó expulsado del cargo por participar en la huelga general de ese año. Así mismo, participó en la organización de la Federación Médica de Cuba y junto al Dr. José Elías Borges, en la huelga médica de 1934.

Ingresó en el Partido Comunista de Cuba en 1935 y en junio de 1937 formó parte del grupo de combatientes cubanos que participó en la guerra del pueblo español contra el fascismo y en defensa de la Segunda República Española.

En la contienda, fue nombrado Cirujano Jefe del Batallón Americano Lincoln-Washington, con el grado de teniente, el 17 de septiembre de 1937.

Por demostrar un comportamiento ejemplar y heroico fue ascendido a capitán el 29 de Marzo de 1938. Estuvo en los frentes de Teruel, Belchite, Brunete, y otros, tomando parte de las operaciones militares. El Dr. Díaz Soto durante la Guerra Civil en España adquirió experiencia en la organización médico militar.

A su regreso de España se incorpora de nuevo a las actividades del Partido Comunista en Cuba y al constituirse el Partido Unión Revolucionaria Comunista es elegido miembro de su Comité Ejecutivo. Por ese Partido es elegido delegado a la Asamblea Constituyente de 1940.

En ese propio año, asumió la dirección del Centro Benéfico de los Trabajadores de Cuba por su sentido de responsabilidad, sus conocimientos integrales de medicina, su experiencia y cualidades como dirigente y organizador.

En el desempeño de su cargo en la institución, publicó varios trabajos científicos, impartió cursos de superación para técnicos, instituyó el trabajo médico en equipos, las discusiones de casos, la utilización del valor científico de las autopsias y concedió, desde ese nivel, becas para estudiantes de medicina de las provincias.

El Dr. Juan Marinello Vidaurreta, político y notable intelectual cubano, Doctor en Derecho Civil y en Derecho Público, poeta y brillante ensayista, puso de manifiesto en su artículo "Luis Díaz Soto: ejemplo de científico revolucionario" diferentes aspectos de la obra de su vida, con su acostumbrada singular maestría tal y como se expresa a continuación:

"Recordar a Luis Díaz Soto es un deber revolucionario no exento de amargura. Su sobria ejemplaridad quedará unida para siempre al acabamiento prematuro, al final inoportuno. Su obra será para nosotros como una familiar sinfonía inconclusa... Los cambios sociales, expresiones del desarrollo inevitable de las relaciones de producción, atraen a su órbita las conciencias honestas, por encima de matices personales... Su honradez cenital -manifestada tantas veces en el comentario directo, tajante y aun desapacible-, lo condujo al examen desnudo y perspicaz de la realidad que lo cercaba... Como el hombre es la resultante de su medio y temperamento -no el famoso "junco pensante", pero sí el "junco actuante"- Díaz Soto fue, sin merma de su lealtad a la causa embrazada con la conciencia y el corazón, una personalidad distinta y contrastada, un individuo señalado por características infrecuentes, una voz peculiar y encarnizada en el coro de sus mejores contemporáneos. No se le oía como primera figura, pero su entonación exaltaba- el conjunto, al ser fiel a su intimidad trascendente.

Como hombre en que se cruzaban la responsabilidad y el apasionamiento (la mejor responsabilidad y el mejor apasionamiento), no dejó de decir lo que su limpia vigilancia le mandaba; pero lo dijo sin acritud ni zalamería, con la palabra tersa, convincente y lúcida. No le vimos adelantar juicio sin buena maduración, ni callar lo que debía decir a tiempo. Poseyó en gran medida la virtud cubanísima de la inteligente ironía, siempre vestida de peculiar elegancia. Parecía estar de vuelta de todos los caminos, y hasta un poco cansado del trayecto; en verdad, gozaba el camino con experiencia e ilusión, con historia y sorpresa. Conocía muchas cosas, y las entendía todas. Fue un hombre simple, opuesto a la simpleza; grave, contra la gravedad, distinto sin proponérselo.

Si se nos forzase a destacar la virtud capital del gran compañero, diríamos que estaba en su dominante sentido de responsabilidad, encauzado siempre hacia el hacer benéfico a que lo llamaba su creencia política. Por ello, no fue distinta su postura ante la investigación científica que ante la organización hospitalaria o la tarea del militar revolucionario. Quien había calado en su ser primordial esperaba, adivinaba, su reacción ante personas y acontecimientos. En toda ocasión, el entusiasmo por dentro y

la serenidad por fuera; siempre, la meditación dilatada volcada en el quehacer inmediato. Como todo lo encaminaba a una finalidad definida y amada, hacia ella orientaba sus finas antenas sensibles, y lo sorprendente estaba en aquel dominio de datos y antecedentes a punto, enfilando la meta de cada día.

Dejó Luis Díaz Soto en los que fuimos sus compañeros las huellas de un magisterio involuntario, de una función natural y penetrante como la de esa lluvia que, sin ruido ni relámpagos, cala muy hondo en la tierra sedienta.

Las personalidades como la de Díaz Soto se extienden y completan en la obra de sus colaboradores cercanos. Son, en lo primordial, formadores de cuadros. La sustancia de sus predicciones y advertencias tarda en manifestarse a la luz de todos; pero no se pierde, ni se disuelve al producirse. Por ello, más que en otros casos, en el del gran militante de la medicina revolucionaria, se hace obligado que, al saludar la realización certera en su campo, se sepa de dónde viene el impulso originario.

Cuando se discurre sobre la necesidad de que posea el médico -si quiere cumplir su función capital-, un saber oportuno, se recuerda la conocida frase de Letamendi: "el médico- que sólo sabe medicina, ni medicina sabe". El dicho tiene verdad y vigencia; pero hay que decir lo que debe ser, en su naturaleza y proyección, la dilatada sabiduría que al médico se pide. No lo que debe saber sino cómo debe saber.

Lo relevante y singular en Díaz Soto -y ello se sabrá cuando, al conocer su esfuerzo, se le haga justicia-, está en que su entendimiento de la medicina, asistido de múltiple información, surge de una concepción revolucionaria de la sociedad y la cultura. De no haber sido así, no lo estaríamos recordando en este momento dichoso de nuestra historia.

Sus días comenzaban antes del alba y terminaban más allá de la media noche. No podía descuidar su cultura médica -y ya vimos que no era cosa alejada de la información universal y múltiple-; había de mantenerse atento al último avance de la organización asistencial; y no podía descuidar un punto la defensa de su obra, cercada por los cuatro costados.

La tensión continuada y creciente y el trabajo sin medida le quebraron la salud, nunca cabal... Se sabía herido de muerte y aceptaba el final cercano como el cabo natural del largo trabajo. Nadie pudo convencerlo de que le había llegado la hora del reposo, para ganar fuerzas y continuar la lucha. Como los capitanes ejemplares, se mantuvo al mando de la nave hasta el último instante. Añadió así, al ejemplo de la acción clarividente, el del sacrificio heroico.

En los días más duros de la lucha del pueblo español contra el fascismo y la reacción internacional, tuvimos la alegre sorpresa de ver llegar a la Valencia martirizada a Luis Díaz Soto. Por razones, muy explicables, nuestra vieja amistad se hizo más estrecha y fraternal en la etapa de ilusión y angustia que fue aquella guerra. Entonces conocimos de veras su llama y su luz.

La acción militar más intensa tiene momentos de calma reparadora. Cuando la guerra parecía "dormida de mar a mar", según el verso de Antonio Machado, el médico cubano daba suelta a su sorprendente repertorio de conocimientos y noticias. Nada en nuestro proceso histórico le era desconocido; había leído, con delectación y mimo, nuestros mejores libros viejos y tenía sobre nuestras cosas una visión personal y aguda nacida de la cuantiosa información y del mando de sus convicciones.

Con tal bagaje y orientación, la experiencia de la guerra española maduró soberanamente al científico y al luchador. Su gran tarea, su primordial destino, era el de organizador de la salud. El trabajo del médico militar, cuando hay mucha sangre de por medio, ahorra etapas y descubre caminos numerosos. La administración de los recursos escasos y aleatorios mueve a iniciativas impensadas; el enfrentamiento continuo de la muerte violenta cría procedimientos inesperados. Cuando volvió Díaz Soto de la heroica hazaña española era un hombre distinto. Había participado en un gran hecho de nuestro tiempo y le rebosaban la capacidad científica y la sabiduría política.

Estuvimos junto a Díaz Soto en el empeño ingrato y oscuro de fomentar la convicción y la disciplina entre gentes llegadas de todos los puntos de la tierra. Su autoridad de capitán del Ejército Republicano y su cargo de Cirujano Jefe del Batallón Lincoln-Washington les servía a maravilla en el oficio, tantas veces amargo, de reprimir querellas, deshacer intrigas o matar celos perturbadores. Su fina sensibilidad -que flotaba con raro deleite en la poesía y en la música-, le permitía penetrar con éxito en sus jóvenes compañeros impetuosos. La reciedumbre de una vida sin flaquezas ni vacilaciones le daba la seguridad para la persuasión neta y sobria. Fue, en sus días españoles, la expresión exacta del claro poder en que se cuaja el revolucionario verdadero. España nos lo devolvió entero y pleno, presto a cumplir la obra modesta y singular sólo detenida por la muerte”.

Gravemente enfermo, vivió los últimos años de su vida bajo la presión de la policía de la dictadura batistiana en una semiclandestinidad ya que por sus actividades revolucionarias fue conducido detenido varias veces al Buró de Represión de Actividades Comunistas (BRAC) y fichado en el Servicio de Inteligencia Militar (SIM).

El 23 de Noviembre de 1958, a pocos días del triunfo de la Revolución Cubana, falleció en La Habana el Dr. Luis Díaz Soto.

Su vida es una lección de valor, de patriotismo, de humanismo, de sensibilidad y altruismo para las presentes y futuras generaciones de luchadores sociales por un mundo mejor con todos y para el bien de todos.

Notas biográficas del Dr. Luis Díaz Soto redactadas a partir del trabajo “Luis Díaz Soto”, publicado en EcuRed disponible en su versión original y completa en http://www.ecured.cu/index.php/Luis_D%C3%ADaz_Soto y del trabajo “Luis Díaz Soto: ejemplo de científico revolucionario” del Dr. Juan Marinello Vidaurreta disponible en su versión original y completa en http://www.sld.cu/galerias/pdf/luis_diaz_soto.pdf